

## CAPÍTULO VIII

### Del Mekong al Irrawaddy

**P**ASAMOS la noche en un pueblo llamado Jiada<sup>61</sup>, donde nos alojamos en casa de un pequeño oficial chino relacionado con el impuesto sobre la sal.

Yanjing significa en chino «pozo de sal». El nombre tibetano es Tsaka, que significa salina. El pueblo de Yanjing, donde vive el magistrado chino, está a unos trescientos metros por encima de la orilla oriental, o china, del río. Los verdaderos pozos de sal están en la orilla del río a ambos lados. Son manantiales de agua salada de unos sesenta centímetros de profundidad y dos o tres metros de diámetro. El agua salada se recoge en cubos de corteza de abedul que se vacían en estanques situados bajo bancales de tierra poco profundos construidos en la ladera de la colina y que, a lo lejos, parecen los tejados planos de un gran pueblo. Cuando el agua salada se ha solidificado por la evaporación, se coloca en los bancales. El sol evapora pronto toda el agua restante y entonces se barre la sal con una escoba y con ella una buena cantidad de tierra roja. Desde aquí Edgar envió una carta a su mujer para decirle que habíamos cruzado la frontera, y lo hizo a través del sacerdote francés en Yerkalo.

Salimos al día siguiente por la mañana, 11 de junio, y subimos al monasterio en ruinas de Lagong. Este monasterio había sido destruido por los chinos en 1907, y muchos de los monjes asesinados. En el momento de nuestra visita estaba ocupado por cuatro soldados chinos al mando de un suboficial. Deambulamos por las ruinas y, al hacerlo, Edgar empujó sin querer una puerta que había sido sellada con la tarjeta de visita del oficial chino, pegada al otro lado. La habitación contenía algunos almacenes de cereal. Los soldados chinos se inquietaron mucho, pues decían que les acusarían de haber roto ellos mismos el precinto y de haberse llevado parte del grano.

Este incidente nos disgustó un poco, ya que daba al oficial chino de Yanjing una excusa para detenernos, y parecía que todo nuestro proyecto podría fracasar por este golpe de mala suerte. Los soldados insistieron en detener a Edgar hasta que el oficial del otro lado del río en Yanjing hubiera sido informado y hubiera vuelto a sellar la puerta. Discutimos lo que más nos convenía hacer y decidimos que yo seguiría adelante con el equipaje de Edgar y el mío, y que si él no podía seguirme le devolvería sus cosas y seguiría solo. Pensamos que si yo llevaba su saco de dormir y otras cosas daríamos la impresión de que considerábamos el incidente de poca importancia y que estábamos en nuestro derecho de seguir adelante; al minimizar así las cosas, juzgamos que los chinos también podrían tratar el asunto a la ligera.

Resultó ser un buen plan, ya que finalmente el secretario del magistrado llegó de Yanjing y volvió a sellar la puerta y, supongo que para «salvar las apariencias», dijo a Edgar que si hubiéramos ido a Yanjing el magistrado nos habría proporcionado transporte y escolta, y nos habría ayudado en el

viaje. Esta oferta de ayuda del oficial local me fue útil después, cuando me pidieron que explicara por qué había cruzado un territorio que no estaba totalmente bajo administración o control chino.

Me adentré en un territorio no cartografiado y empecé a hacer un reconocimiento de la ruta que seguí hasta llegar a un territorio que ya había sido cartografiado, y sólo dejé de hacerlo cuando perdí la brújula. El valle del Mekong se divisaba a gran distancia en dirección sur. Consistía en colinas escarpadas y desnudas, con cada terraza plana irrigada y cultivada, contrastando así los campos con las desnudas colinas.

No tenía prisa en esta marcha, pues sabía que Edgar no podría aparecer hasta tarde y, de hecho, podría no hacerlo, así que abandoné el camino y recorrí el bosque. Vi dos gorales, pero no me dieron oportunidad de dispararles. También vi rastros de seraus, la otra especie de cabra salvaje que se encuentra en este distrito. La gente me dijo que encontraría dos variedades de ciervo en el valle del río que había debajo de mí. Las llamaban *sha-na* y *sha-me*, y coincidían con las descripciones de estos animales que me habían dado en Kangding.

Al anochecer, cuando me acercaba a Trongtse<sup>62</sup>, vi a un hombre cabalgando por la senda en el lado opuesto del valle. Mis prismáticos revelaron que se trataba de Edgar, que siempre vestía ropas chinas. Llegamos al pueblo simultáneamente. La gente al oeste del Mekong era muy amable y hablaba un mejor dialecto del tibetano. Yo le había regalado a Putamdu un acordeón que solía tocar por las noches. Aquí, en Trongtse, la gente bailaba al son de las melodías tibetanas que él tocaba para ellos.

Al día siguiente, mientras caía aguanieve, cruzamos la divisoria entre el Mekong y el Salween por un paso, el de Beda La —4.541 metros de altitud, según el hipsómetro—, por encima de algunos ventisqueros. En el camino pasamos junto a muchos rododendros malva en flor, mientras que más arriba vi algunos blancos. Había acónito<sup>63</sup> en el paso y hubo que poner un bozal a los animales. Esta planta venenosa es un gran peligro en muchas partes de Tíbet, sobre todo en primavera, cuando la planta es pequeña y los animales de transporte la mordisquean fácilmente junto con la hierba. La mayoría de los ponis y mulas tibetanos no la comen cuando es más grande, pero yo he perdido dos veces ponis indios por envenenamiento con acónito. Pasamos junto a un hombre con un poni moribundo que nos pidió medicinas, pero no pudimos hacer nada, y más tarde nos alcanzó y nos dijo que su animal había muerto.

El Beda La está cerrado por la nieve de diciembre a marzo, época en la que se utiliza un paso, el Ti La, al oeste del Beda La. La senda que cruza el Ti La conduce a Drayul<sup>64</sup>, un importante lugar visitado por A. K. (Krishna) en 1882.

El camino atravesaba un bosque de abetos. Algunos de los más grandes medían tres metros de diámetro a un metro del suelo. La gente me dijo que había faisanes orejudos, pero ni los vimos ni los oímos. Pasamos la noche en la lamasería de Pitu<sup>65</sup>, donde había cincuenta monjes. El señor Bacot, explorador francés, había estado aquí un par de años antes que nosotros, y dejó una buena impresión. En lugares como este, todos los extranjeros son simplemente «extranjeros». Nadie sabe distinguir entre británicos y franceses. El primer extranjero que llega deja una impresión, buena o mala, que tarda años en cambiar. Donde seguimos los pasos de Bacot el ca-

mino se nos hizo fácil. Un monje incluso me ayudó a quitarme las botas, para sorpresa de Edgar, que dijo que difícilmente se lo creerían en su misión.

A su regreso, unos días más tarde, Edgar se enteró de que en Pitu habían recibido órdenes de detenernos, pero a pesar de esta indicación de que era visto con malos ojos, los aldeanos se mostraron encantados de darle la bienvenida y de prestarle toda la ayuda que les era posible. Edgar distribuyó folletos escritos en tibetano que fueron recibidos con mucho gusto. Los tibetanos atan estos «amuletos» cristianos, junto con los suyos propios, en puentes y árboles junto a los ríos. El viento que sopla sobre estos trozos de papel sagrado transporta el mérito por todo el país, mientras que el río también lleva la virtud a otros países. Los peces también se benefician. Calculamos que la población de Pitu, con sus granjas adyacentes, era de cien personas.

La gente era muy aficionada al tabaco; el rapé se guarda en una cajita redonda de madera, con un trozo de tela tensado en la parte superior, sobre el que se coloca la tapa. Unos golpecitos en el fondo de la caja introducen finos granos de rapé a través de la tela en la tapa, que se retira para tomar el rapé. Les gustaban mucho los cigarrillos, e incluso los lamas, a los que no se les permite fumar, pidieron algunos. Nuestros porteadores de Yanjing regresaron desde Pitu. Les pagamos cuatro rupias chinas por animal para una distancia de cincuenta y seis kilómetros en dos días. En Pitu las casas tienen techos de tejas sostenidas por piedras, como en Suiza. Esto indica un clima más húmedo que los tejados planos de barro de Batang y del valle del Mekong. El pueblo está situado en dos terrazas de regadío, mientras que la tercera, sin

agua, es incultivable, está cubierta de matorrales y se utiliza para el pastoreo.

Dejamos Pitu y, viajando valle abajo, llegamos a un camino de peregrinos, donde nos encontramos con grupos que hacían el circuito de una montaña sagrada que, según nos dijeron, se llamaba Kang Karpo<sup>66</sup>, que significa simplemente «nieve blanca». En algunos lugares, los peregrinos habían colocado montones de piedras y habían hecho pequeños «castillos de naipes» con pizarras. Subimos hasta un paso, el Trong La —3.352 metros, según el hipsómetro—, desde el que podíamos ver las nieves al sur y al suroeste. Desde lo alto del paso vimos una corriente que fluía hacia el norte. Resultó ser el Yu Chu<sup>67</sup>, el río que acabábamos de dejar al otro lado del paso, donde discurría hacia el sur. El río, como puede verse en el mapa, hace unas curvas extraordinarias, y el Trong La está sobre un contrafuerte de uno de estos meandros. En el camino oí faisanes, presumiblemente faisanes de Stone<sup>68</sup>. Pasamos la noche del 13 de junio en la aldea de Wapuk<sup>69</sup>, a unos cuatrocientos cincuenta metros por encima del río; ocupamos la misma casa en la que había dormido *monsieur* Bacot algunos años antes.

Llevaba conmigo el libro del señor Bacot, *Dans Les Marches Tibétaines* y estando en el lugar exacto del tejado de la casa donde tomó la fotografía de «Ouabo» —la grafía francesa de Wabo, como él la llamaba—, era curioso ver que las banderas de oración e incluso algunas cosas que yacían en el tejado no se habían movido en el intervalo de cuatro años.

Al día siguiente descendimos y cruzamos el Yu Chu en el pueblo de Ke<sup>70</sup> por un buen puente voladizo. La altitud era de 2.514 metros. Mientras se cambiaba aquí el transporte, atrapé una serpiente (*Coluber taeniurus*). Luego subimos has-

ta el Tongdu La<sup>71</sup> (3.703 metros). Cerca del paso cogí algunas mariposas, incluyendo dos especímenes de *Ypthima insolita*, que difiere de la forma típica, y una nueva variedad de la blanca veteadada llamada *Aporia procris extrema*. Tuvimos que cambiar de porteadores varias veces y pagamos en rupias chinas. En un lugar me dieron media rupia india de la reina Victoria como cambio, y en otro, una de mis rupias chinas fue cortada por la mitad con un hacha con el mismo fin.

Cerca de la cima del paso evidentemente llegamos a un clima más húmedo. El bosque estaba formado por abetos por los que trepaba la hiedra, mientras que a sus pies crecían helechos; abundaba por aquí el papagayo de lord Derby (*P. derbyanus*), y conseguí un ejemplar de ardilla, de las que había muchas en estos bosques. Las cimas de las colinas están cubiertas de árboles altos, mientras que más abajo había una pequeña selva de matorrales, en su mayoría de roble espinoso, lo que indicaba que las precipitaciones eran menores en las laderas más bajas. Desde la cima del Tongdu La había una hermosa vista del Salween fluyendo hacia el sur. Los espolones a ambos lados hacían que el río se retorciera sin desviarlo de su dirección general hacia el sur. Las laderas del valle eran escarpadas y estaban desnudas, salvo por el bosque de las zonas más elevadas, con manchas de nieve por encima de éste. Se podían ver aldeas en cualquier terraza plana a la que se pudiera llevar agua. Pasamos la noche en la pequeña aldea de Lenbo<sup>72</sup>, donde la muy amigable población trillaba maíz con mayales.

Al día siguiente, el 15 de junio, hicimos una corta marcha a Menkhung<sup>73</sup>, un lugar importante con una guarnición de soldados chinos. Al salir de Lenbo, más bandadas de ruidosos loros volaban a nuestro alrededor. Descendimos por el

valle, que estaba bien cultivado. En este valle llamaba la atención una planta parecida a un cactus con una flor de color naranja (probablemente *Euphorbia antiquorum*). Después de cambiar de transporte en Trana<sup>74</sup>, hacia el mediodía, llegamos a un puente sobre el Salween similar al puente por el que habíamos cruzado el Mekong en Yanjing. Aquí el Salween parece un poco más grande. Todos los aldeanos llevaban consigo la «silla de montar» y las cinchas necesarias para cruzar el puente, y esto hizo las cosas más rápidas que en nuestro cruce del Mekong. Pagamos tres rupias por cruzar el puente, pero la gente que lleva sus propias cinchas no paga nada. Se atan y vuelan sobre el río de la forma más despreocupada. Tardamos casi una hora en hacer cruzar nuestro grupo de cinco hombres, cuatro ponis y las cargas de seis animales. Una medición del punto de ebullición mostró una altitud de 2.042 metros en el puente. La gente llamaba al río Gyalmo Ngulchu<sup>75</sup>, que es el nombre utilizado en sus tramos más altos en Tíbet.

En Trana capturé una pequeña mariposa amarilla (*Eurema*). Fue la única que cogí, y me sorprendió encontrar este género tropical aquí. Fue considerada atípica por el señor South, del Museo Británico, que trabajó en mi colección, y es probablemente nueva, pero se necesitan más especímenes de esta localidad para decidir este punto.

El deber del *ula* de Trana era llevarnos a Menkhung, y los límites de estos *ula* se respetan tan a rajatabla que, aunque la distancia desde el puente hasta el pueblo era sólo de dos kilómetros y medio, nuestros culis e incluso los asnos que transportaban parte de nuestra carga llegaron estrictamente hasta el otro lado del río. Por supuesto, habría sido mucho más sencillo si hubiéramos tomado el nuevo transporte des-

de la orilla oriental<sup>76</sup> y así nos hubiéramos ahorrado llevar a estos hombres y animales por este incómodo puente de cuerda para un viaje tan corto.

Al entrar en Menkhung vimos muchos soldados chinos, algunos de los cuales, para mi sorpresa, saludaron a Edgar como a un viejo amigo. Edgar me dijo: «Me temo que es todo mentira; son soldados de Batang; los conozco bien y estaban en Batang cuando partimos. Deben de haber informado de que cruzamos el Mekong por Yanjing y, evidentemente, han enviado a estos hombres por el camino más corto y directo para detenernos». Parecía que nuestra pequeña excursión había llegado a su fin, pero resultó que no había razón para asustarse; estos soldados de Batang acababan de llegar en el relevo normal de la guarnición. Se mostraron muy amables con Edgar y dieron por sentado que, como no nos habían detenido en la frontera, debíamos de tener nuestros permisos en regla. Pronto nos hicimos amigos y nuestra habitación se llenó de soldados chinos y aldeanos tibetanos que se entretenían con el acordeón de Putamdu. Muchos de los soldados hablaban un poco de tibetano; uno que lo hablaba especialmente bien era un tibetano de Derge que se había alistado en el ejército chino. Los otros soldados le despreciaban y le intimidaban, llamándole *mantze*, un término despreciativo utilizado por los chinos para referirse a los tibetanos y a las tribus salvajes de esta frontera.

El oficial chino nos envió algunos regalos, pero se excusó por no visitarnos alegando enfermedad. A la mañana siguiente, sin embargo, vino a darme las gracias por un regalo de cuernos de ciervo que yo le había enviado a cambio. Yo había recogido estos cuernos en Kangding para el señor Elwes, el gran naturalista de Colesborne, y aquí en

Menkhung eran un regalo realmente valioso. Mientras viajaba por la China propiamente dicha y podía recurrir a la ayuda de los oficiales, creía que podía llevar todo el transporte que quisiera; pero ahora que estaba en Tíbet, donde la obtención del *ula* era una cuestión de farol o persuasión, decidí deshacerme de todo lo que me sobraba y reducir así las dificultades para obtener transporte. Le dije al oficial que iba a India, lo que no le sorprendió, pero cuando le dije que había oído que podía llegar a India en nueve días, enarcó un poco las cejas y me dijo: «Entonces vas a ir por Zayul». Me dijo que estaba a cargo de seiscientos cincuenta y seis familias, y que él mismo dependía de los magistrados de Yanjing. Su superior militar era el oficial de Zayul<sup>77</sup> que conocí más tarde.

Los habitantes de esta parte del país visten con *chubas* azules con un borde rojo que les da la apariencia de ser soldados uniformados. Menkhung solía ser un centro de comercio de esclavos, y encontramos muchos esclavos de una raza enana (probablemente rawangs<sup>78</sup>) que habían sido traídos de un país llamado por los tibetanos Tsong Yul, a siete días de viaje al sur de Menkhung. Edgar midió algunos aborígenes. Un hombre medía metro y medio y una mujer un metro y treinta centímetros, pero no pudo medir a muchos. Una de las mujeres tenía la cara tatuada.

Al ocupar Menkhung, los chinos descubrieron que el pueblo tenía entre los esclavos trece hombres y tres mujeres chinos, a los que liberaron. A los propietarios se les permitió conservar a sus esclavos no chinos. Habría sido inútil liberarlos, ya que sólo sabían vagamente dónde estaban sus hogares, y probablemente no habrían sido bien recibidos allí

si hubieran regresado. Todos hablaban tibetano entre ellos y, supongo, habían olvidado su propia lengua.

Las granadas estaban madurando en los árboles de Menkhung, y los soldados chinos recogieron y me dieron algunos albaricoques medio maduros cuando me iba.

Un kilómetro y medio al este de Menkhung vi una lamasería que contenía sesenta y tres monjes.

En Menkhung me despedí de Edgar, que tenía que regresar para completar un trabajo misionero, y no volvería a ver otro occidental en unos dos meses. Lamenté mucho separarme de él, un misionero ideal para el trabajo de reconocimiento fronterizo. Creo sinceramente que sin él no habría pasado la aduana de sal sobre el puente del Mekong, y su conocimiento de la escritura china y tibetana me permitió arreglar mi pasaporte en Batang, un asunto de gran importancia.

Unos meses más tarde, cuando estalló la revolución y las vidas de los misioneros de Batang parecían correr peligro, me escribió sobre la posibilidad de que siguiera mi ruta a India con su familia si la situación empeoraba, pero afortunadamente no se vio obligado a marcharse. Esta carta es en cierto modo una curiosidad filatélica. En la época de mi viaje, los chinos se estaban apoderando completamente de Tíbet y, entre otras cosas, pusieron en marcha un servicio postal de Batang a Lhasa. Este servicio funcionó sólo durante una o dos semanas. Cuando las noticias de la revolución llegaron a las tropas chinas en Tíbet, perdieron todo sentido de la disciplina y finalmente fueron expulsadas del país por los tibetanos. Esta carta de Edgar viajó a Lhasa y de allí hasta mí en India, justo durante el par de semanas que funcionó esta línea postal, y lleva los matasellos de Batang y Lhasa.

Edgar y yo no llevábamos tienda y normalmente dormíamos al raso, en el tejado de la casa si era plana. Aunque siempre nos invitaban a entrar, preferíamos el aire libre a una habitación tibetana mal ventilada y llena de humo. Vivíamos enteramente de la comida de la zona, salvo un jamón de Yunnan que Edgar había traído como ración de reserva.

*Monsieur* Bacot había visitado Menkhung en 1909, y nosotros éramos los segundos visitantes del lugar. Por una curiosa coincidencia, el capitán Kingdon-Ward llegó dos días después de mi partida, según describe en su libro *The Land of the Blue Poppy*.

En Menkhung atrapé muchas mariposas, incluyendo varias nuevas especies —*Erebia innupta*, una *Argus*, *Aporia baileyi*, una blanca veteada, y *Halpe baileyi*, una saltarina—. También capturé varias otras blancas veteadas, así como mariposas pertenecientes a géneros tropicales.

Desde Menkhung subí hasta el No La. El camino estaba cubierto de mariposas, casi todas de una especie, *Lethe agrestis*. Se posaban sobre el estiércol de los caballos y en algunos lugares eran tan numerosas que no se podía ver el estiércol. Los últimos seis kilómetros hasta el paso fueron muy empinados. El agua hervía a 85,5 °C, lo que, con una temperatura del aire de 6,6 °C, da una altitud de 4.267 metros. Hacía frío, pues soplaba viento y me había empapado con un chaparrón. Las nubes entorpecían la vista, pero tuve una visión momentánea de una montaña nevada hacia el este, que supuse a treinta kilómetros de distancia y que evidentemente estaba en la cuenca del Salween-Mekong. El descenso fue empinado, al principio por rododendros y más abajo por bosques de abetos. Llegamos a una pequeña cabaña al pie del paso, empapados hasta los huesos, y nos alegramos de

poder secarnos y beber té tibetano salado y con mantequilla. En mi opinión, sólo se puede beber con mucho frío e incomodidad, pero en estas condiciones, resulta muy agradable y cálido. Nos advirtieron de que había acónitos<sup>79</sup> alrededor de nuestra cabaña, y nuestros ponis tuvieron que ser atados en una parcela donde se sabía que era seguro pastar.

La cabaña donde pasé la noche se llamaba La-tsa o No La-tsa. En Tíbet, el refugio más próximo a un paso suele llamarse Latsa y, para que quede más claro, si es necesario, se añade el nombre del paso, por ejemplo, No La-tsa.

A la mañana siguiente, el 17 de junio, cruzamos otro paso, el Tsema La. El camino ascendía hacia el oeste por un valle en el que el riachuelo desaparecía a veces bajo tierra, dejando algunos charcos en la superficie. La ascensión era difícil cerca de la cima, y atravesaba ventisqueros de nieve blanda y profunda. Atrapé algunas mariposas en el paso, *Parnassius orleans* y *Pieris dubernadi*. La altitud del paso era de 4.770 metros.

Debido al mal tiempo y a informaciones poco fiables, no puedo decir con certeza si el No La o el Tsema La se encuentran en la cuenca del Salween-Irrawaddy. Desde el Tsema La vi que el arroyo que había cruzado entre los dos pasos fluía hacia el norte, pasando por un lugar llamado Jaha, y luego se unía a un valle que se extendía aproximadamente de este a oeste. Como el Tsema La era la frontera entre los distritos de Tsarong, al oeste, y Drogong, al este, me pareció muy probable que se encontrara en la cordillera principal y que la corriente fluyera hacia el Irrawaddy. Así lo he hecho constar en mi mapa, pero sigue siendo una cuestión abierta que queda por aclarar.

El mapa de *monsieur* Bacot no ayuda y él probablemente se encontró con mal tiempo.

Después de descender unos once kilómetros, llegué a un río de unos dieciocho metros de ancho que es un afluente del Irrawaddy. Tras remontarlo por la orilla oriental durante tres kilómetros a través de un bosque, llegué a un terreno abierto y herboso en el que pastaban vacas, ovejas, ponis y cerdos. En el camino vi gran cantidad de orquídeas *cypripedium*. Una, carmesí en un tallo corto, era probablemente *C. tibeticum*, y la otra, una flor más alta y amarillenta, probablemente *C. lutea*. Si estas orquídeas, que habitan en un clima no muy distinto del nuestro, se introdujeran en nuestro país, serían un valor añadido para cualquier jardín. Hace unos años me llevé algunas plantas a casa. Sobrevivieron varios años en un invernadero. En su país obtienen una espesa capa de nieve en los meses más duros del invierno. Nuestro clima no lo garantiza.

Pasé la noche en un lugar llamado Ridong (3.657 metros), entre una gente poco complaciente que se negó a venderme leche o una oveja y puso grandes dificultades para facilitarme un poco de cereal para mis ponis. Las casas tenían tejados a dos aguas sostenidos por piedras. La gente cultiva aquí una cosecha incierta y vive del pastoreo. Para entonces ya había gastado todas mis velas, excepto dos que guardaba para hervir agua durante mis mediciones de altitud en puntos importantes del camino. Cuando oscurecía, mi única luz eran las astillas de pino resinado.

A la mañana siguiente mi transporte llegó con retraso, así que, para dar ejemplo, di dos rupias al único hombre que había trabajado para conseguirlo, y al dueño del primer poni que llegó le pagué media rupia más, y le dije que yo habría

sido igual de generoso si todos se hubieran portado igual de bien conmigo. Les dejé discutiendo entre ellos por esto, aunque mostraron una actitud muy amistosa conmigo y prometieron prestarme toda la ayuda que fuera posible si volvía. Una gente sencilla.

En Ridong atrapé varias mariposas, una sofía (*Argynnis lathonia*) y algunas pequeñas fritillarias alpinas (*Argynnis gong* y *Melitaea arcesia yunnana*), y tres variedades de blanca veteada (*Aporia venata*, *A. goutellei* y *A. davidis*).